

inhumanos, experimentaréis una suma dureza. ¡ Tanto hay que temer de no hacer bien por estas almas afligidas!

Temblád y estremecéos, hijos é hijas desnaturalizados; y vosotros, albaceas desidiosos, por no decir crueles, intérpretes avarientos de las últimas voluntades, temblád, repito: vosotros caeréis en las manos de Dios vivo, y rodaréis acaso á los piés del trono del Eterno por vuestra inhumanidad, indolencia y crueldad con vuestros hermanos. La voz de su afliccion clamará sin cesar contra vosotros, y entónces veréis con arrepentimiento inútil el mal uso que habéis hecho de los bienes de vuestros difuntos, destinando al lujo, á la vanidad, á la avaricia y al ídolo favorito de vuestras pasiones lo que debiais haber consagrado á su alivio. Meditád, os ruego, el espíritu de nuestra santa religion; y si conserváis algun resto de caridad, pedíd al Dios de las misericordias libre á estas almas del fuego que las devora, y que les manifieste su divino rostro, coronándolas de gloria y de eterno descanso. Amen.

PLÁTICAS DE ÁNIMAS.

III^a

SOBRE LOS MEDIOS DE ALIVIAR SUS PENAS.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Santo es y saludable pensamiento orar por los difuntos para que se les perdonen los pecados.

2. *Macabeos, c. 12. v. 46.*

Así se explicó el santo Júdas Macabeo en ocasion de haber remitido á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que en aquel magnífico y suntuoso templo se ofreciesen oraciones y sacrificios al Dios de las misericordias por las almas de los que habian fallecido en una justa guerra en defensa de su religion y de su patria. Y con las mismas palabras no dudo yo anunciar de parte de la Iglesia los medios que tiene recibidos para alivio de las almas santas que padecen en el purgatorio. Mucho siento no poder tratar la materia con toda la extension de que es susceptible. Tiraré no obstante algunos rasgos capaces de excitar vuestra piedad, si Dios anima mis palabras en órden á una de vuestras principales obligaciones en calidad de cristianos. Tal es la de orar, hacer limosnas y ofrecer sacrificios por el descanso eterno de nuestros hermanos difuntos. Seguidme atentos, y sea con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor sacramentado.

La Iglesia de Jesucristo, esta columna y firmamento de la verdad, que como dirigida siempre por el Espíritu santo, ni puede engañarse ni engañarnos; la Iglesia, digo, no solo en las palabras de mi tema y en varios otros pasajes de Escritura, sino en su constante tradicion, nos enseña cuál ha sido su práctica y disciplina con los muertos en todos los siglos. Aquí

con el Macabeo llama santa y saludable la oracion por los difuntos para que se les perdonen los pecados: allí nos dice con Santiago que la oracion del justo tiene mucha eficacia: aquí nos manda con Tobías poner nuestro pan y nuestro vino sobre la sepultura del justo: allí nos reconviene con David, á nombre de estas almas, que las saquemos de la cárcel en que están detenidas: aquí nos testifica con el mismo, que á este fin no sabrá Dios despreciar un corazon contrito y humillado: allí nos manda por el Eclesiástico que no neguemos los sufragios á los muertos.

Apoyado sobre estos oráculos, dice S. Agustin, ¿quién duda que las oraciones de la santa Iglesia, el sacrificio saludable y las limosnas sirven de sufragio á los difuntos? El concilio de Trento, despues de todos los Padres, depositarios fieles de la tradicion, nos testifica el fruto de estas oraciones. En efecto, Dios que compadece á estas almas, y que en cierto modo sufre en ellas (si fuese posible) por el amor que las tiene, recibe, para decirlo así, una especie de consuelo por medio de nuestros sufragios. ¿Avanzo alguna paradoja, señores? Nada ménos. Todo lo que hicieris por cualquiera de mis pequeñuelos, por mí lo hacéis, dice Jesucristo. En el desnudo me vestís; en el sediento me dais de beber; me alimentáis en el hambriento; me hospedáis en el peregrino: ¿por qué no me consolaréis en el triste? ¿por qué no me visitaréis en el encarcelado? ¿por qué no me redimiréis en el cautivo?

Pero qué digo? ¿No ha sido este siempre el espíritu de la Iglesia? ¿No son estas las obras que se han de examinar y han de decidir nuestro juicio? Atento Crisóstomo á estos irrefragables principios de nuestra religion, dice abiertamente á este propósito: ¿juzgas que tu hermano se halla aún con manchas? Dale sus bienes para que se purifique de ellas. Yo no sé si seria creído este santo doctor en su tiempo; pero estoy cierto no lo seria en el nuestro. Está, señores, muy resfriada la caridad para esperar grandes liberalidades con los difuntos, y lo comun es eludir sus disposiciones y voluntades últimas con interpretaciones frívolas, por no decir con manifiesta avaricia y crueldad consumada. La memoria parece de ordinario con el sonido, segun la expresion del salmo; y á excepcion de algunas lágrimas superficiales, de algunos aparatos fúnebres, fruto las mas veces de la ceremonia, la costumbre y la razon de estado, nin-

guna oracion, ningun sacrificio, ninguna limosna por los muertos; como si los funerales fueran capaces por sí mismos de acelerarles su eterno descanso; ó como si nuestros difuntos no tuvieran derecho á otros sufragios que á ceremonias puramente externas.

No es mi ánimo reprobar aquí el honor que se les hace. Yo sé bien que Jesucristo lloró sobre el sepulcro de Lázaro: sé que permitió que con el precio en que fué vendido se comprase un campo para sepultura de los peregrinos: sé que san Miguel enterró el cuerpo de Moises: sé que S. Rafael presentó á Dios la piedad de Tobías con los muertos; sé la solicitud de Abrahan en prevenir enterramiento á su esposa: sé en fin, que en todos tiempos ha mirado la Iglesia como un acto de piedad los funerales. Mas esto no basta, hermanos míos, son menester limosnas para acelerarles su felicidad.

Nosotros no podemos darlas, oigo decir á algunos. Ah! acaso podriais ahorrando de vanidad, de lujo de vestido, de juego y de mesa, con algunos otros gastos superfluos, por no decir criminales, que os ponen de ordinario en imposibilidad de cumplir tan estrechas obligaciones. Examinad sin indulgencia vuestro interior, hijos del siglo, disipados en la gula y diversiones teatrales, y hallaréis un testimonio auténtico de esta verdad. Ah! ¿cuánto os pesará ella el dia de la ira?

Mas yo quiero ser indulgente en esta parte con algunos de vosotros. Permito que no podáis dar limosnas para alivio de las almas; pero podéis y debéis orar por ellas. Podéis bautizaros por los muertos, segun la práctica de la Iglesia, que nos enseña S. Pablo; es decir, podéis ayunar y mortificaros por ellos, para sufrir en vuestra carne las pasiones ó mortificaciones que á ellos faltan, y que no pueden satisfacer por estar en término; podéis y debéis ofrecerles el santo sacrificio del altar, esta hostia inmaculada, que la Iglesia ofrece cada dia por los vivos y los muertos; este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; este abogado de los hombres, que ruega sin cesar por ellos ante su Padre celestial, de quien siempre es oído, por la reverencia que le es debida; esta infante víctima de todos los siglos, precio infinito de vuestra redencion; cuya sangre clama siempre ante el trono de Dios, no ya venganza como la de Abel, sino indulto, perdón, misericordia.

¿Qué pediremos pues á este soberano mediador, que no con-

ceda á beneficio de sus afligidas esposas? Pedid y conseguiréis, nos dice Jesucristo; todo el que pide recibe; el que busca halla; al que llama á las puertas de su misericordia, se le abren; y si aún dudáis con los incrédulos y libertinos de nuestro siglo de tinieblas del fruto de la oracion fervorosa al Dios de las bondades, para alivio de vuestras aflicciones ó las de vuestros hermanos, arrojád por un momento la vista sobre la historia de nuestra religion, y hallaréis monumentos auténticos de estas verdades. Oró Moises á favor de su pueblo, perseguido por los egipcios, y se dividieron las aguas del mar Rojo para que pasasen á pié enjuto. Oraron los jóvenes del horno de Babilonia, bendijeron á Dios en medio de las llamas, y salieron ilesos. Oró Josué, y detuvo el sol en su carrera para concluir la derrota del amorreo. Pidieron Mardoqueo, Ester y Judit, y obtuvieron la libertad de su pueblo. Pidieron Elías y Eliseo, y siempre con suceso. Pidió Daniel, y salió libre del lago de los leones. Pidieron Manasés, David y el Publicano, y obtuvieron el perdon de sus culpas. ¿Por qué no conseguiremos nosotros? ¿Está por ventura abreviada la mano del Señor? ¿Se ha disminuído ya su misericordia? ¿O podrá contenerla en medio de su ira?

Pedimos, decís, y no recibimos. Sabéis por qué, señores? Porque no pedís bien, dice Santiago. Pedid lo que conduzca á honra y gloria de Dios, al bien de vuestra alma y las de vuestros hermanos, y conseguiréis vuestra peticion. Pedid con viva fe, y trasladaréis los montes en caso necesario. Purificád, os ruego, vuestras conciencias, y hallaréis á Dios propicio, no solo para vosotros, sino á favor de vuestros hermanos, como lo tiene prometido. Oíd el triste lamento de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hijos, de vuestros amigos, que imploran vuestra misericordia desde aquella terrible cárcel de la justicia de Dios, y movidos á piedad por las atroces penas que padecen, privadas sus almas santas de la presencia del Señor, y en medio de un vivísimo fuego que las devora sin consumirlas; orád por ellas, y ofrecédles el santo sacrificio de la misa, limosnas é indulgencias, en desempeño de la estrecha comision que Dios os ha dado de acelerarles su eterna felicidad, y en cumplimiento de las leyes inviolables de la caridad. Mas esto pertenece á mañana.

Apresuráos pues entre tanto á socorrer estas almas: postráos á los piés de los santos altares; humilláos en presencia

del Señor: *prociadamus ante Deum*: levantemos nuestra voz hasta los cielos, lloremos: *ploremus coram Domino*: recordémosle sus antiguas misericordias, porque tenemos un Dios misericordioso y compasivo: *misericors et miserator Dominus*.

Vos, Señor, ¡Sacerdote santo! inmaculada víctima, recibid en esta hora nuestras oraciones como un sacrificio agradable en vuestra presencia. Tenéd misericordia de estas almas. Padre benéfico! no atormentéis mas á vuestros hijos. Pastor benigno! no inmoléis ya vuestras ovejas. Esposo casto! no mortificuéis mas á vuestras esposas. Si la justicia ha armado hasta aquí vuestro brazo, que lo desarme ya vuestra bondad. Si el vicio os ha irritado, que os enternezcan nuestras lágrimas. Nosotros somos hijos vuestros, y los que padecen son nuestros hermanos: nosotros intercedemos por ellos y les serviremos de caucion, mandándoles aplicar el tesoro infinito de vuestros méritos. Aceptád, Señor, por sufragio de estas almas los gemidos de la Iglesia y los ardientes deseos de esta venerable hermandad y de este devoto pueblo, que con la fe mas viva os pide que os dignéis recibir y coronar de gloria las almas de nuestros hermanos. Amen.